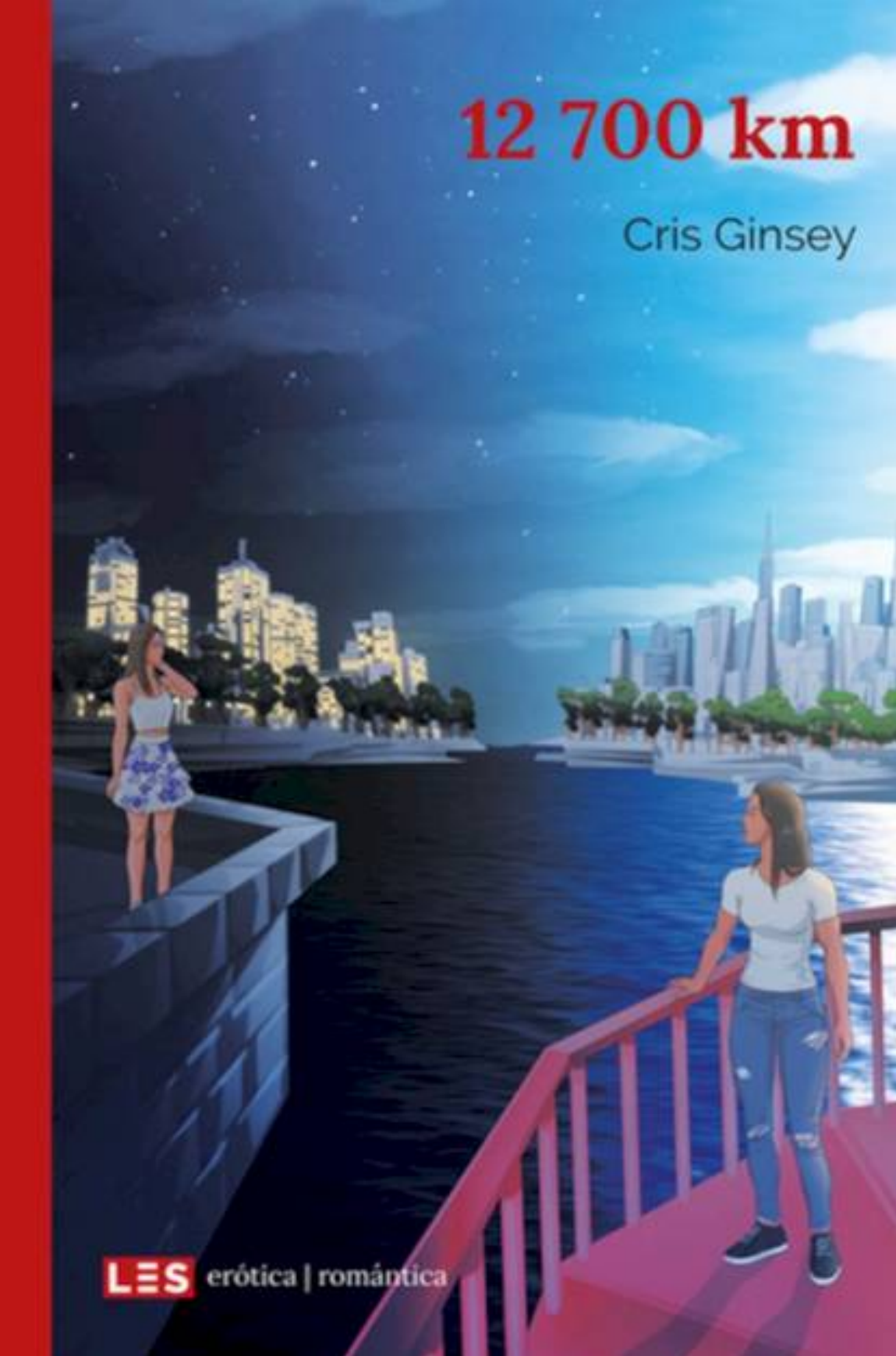


12 700 km

Cris Ginsey



LES erótica | romántica

12 700 KM

CRIS GINSEY

Primera edición: noviembre de 2019

© Cris Ginsey, 2019

© Letras Raras Ediciones, S. L. U., 2019

© Antonia Leiva, ilustración de la portada, 2019

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S. L. U.

www.leseditorial.com

info@leseditorial.com

ISBN: 978-84-17829-10-0

IBIC: FA, FP, FRD

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

A todas las que tenemos relaciones románticas, de amistad
y familiares a distancia.

1

LA FIESTA DE CUMPLEAÑOS

20 de abril de 2014

GINA: Ey, Teri, soy Gina.

GINA: Me siento detrás de ti en el curso de Escritura Creativa.

GINA: No sé si tienes mi número de teléfono guardado.

GINA: Me gustaría proponerte algo.

Tenía que ser paciente. Tenía que serlo, y mucho, porque quería que la jugada saliese perfecta y que su compañera de clase fuera esa noche a su casa. Observó el móvil fijamente varios minutos antes de cogerlo con rapidez cuando vibró sobre el escritorio.

TERI: Hola, Gina.

TERI: Claro que tenía tu número apuntado.

TERI: Me lo dio Chloe, una de las chicas del equipo.

TERI: Si necesitas algo, puedes llamarme directamente.

Teri era la chica más atractiva de todo el campus universitario y no tenía que decir que se moría por sus huesos, ¿no? Huesos que esperaba poder probar esa misma noche. ¿Le pidió su número a alguna de las animadoras? Porque Teri era animadora del equipo de baloncesto y eso hacía que fuera más sexi. Se mordió el labio, armándose mentalmente de valor antes de pulsar la tecla de llamada.

Un tono.

Dos.

¡Y ahí estaba su voz!

—*Bowen.*

Uh, conocía hasta su apellido. Su plan maestro empezaba muy muy bien.

—*Williams.*

Alzó incluso una ceja como si la tuviera delante y estuviese allanando el terreno, preparándose para atacar.

—*¿A qué debo el honor de esta llamada?*

«No le gustas, Gina, deja de intentarlo».

«Si tú le gustas a Teri, yo le gusto a Natalie Portman».

«Lígate a alguien del equipo y no pierdas más el tiempo».

Esas frases —entre otras— eran las que recibía cada vez que contaba sus maléficos planes para conquistar a una de las chicas más populares de la facultad; una sonrisa amplia se instaló en su rostro cuando escuchó el tono sugerente que su compañera de clase había adoptado para iniciar aquella conversación.

—No sé si habrás escuchado algo durante esta mañana, pero es mi cumpleaños hoy —explicó mientras se tumbaba en la cama todo lo larga que era.

—*Feliz cumpleaños.* —Sonrió al escucharla y se colocó la mano derecha tras la cabeza.

—Gracias, Teri. Me preguntaba si te gustaría pasarte por mi casa esta noche.

—*¿Una fiesta de cumpleaños?* —Contestó con un murmullo afirmativo al escuchar su pregunta—. *¿Va a ir alguien más?*

—Claro.

—*Me han contado cosas interesantes de ti.*

Uh, ¿había preguntado por ella? ¿Theresa Williams?

«No te pongas a hiperventilar».

Que ella supiese, Teri no tenía novio en la actualidad, hacía meses que había roto con el capitán del equipo de

rugby. ¿Que le habían advertido de que era hetero? Sí, pero no sería la primera vez que una chica «heterosexual» caía en los brazos de Gina Bowen. El plan era que Teri se llevara unos buenos orgasmos y ella disfrutaba del cuerpo de una animadora sexi. Todos salían ganando. Cabía la posibilidad de que le tocara la lotería y terminase recibiendo un poco de manos y bocas inexpertas con curiosidad por la anatomía femenina. Si se diera el caso, no se quejaría para nada.

«Bowen, concéntrate y saca la artillería pesada».

Cambió de postura en la cama y se colocó bocabajo para intentar que así su voz saliese ligeramente más ronca antes de volver a hablar.

—Espero que hayas escuchado cosas buenas.

—*No ha llegado a mis oídos ninguna queja.*

Se lamió los labios y cogió aire de forma disimulada, preparándose para atacar.

«Tontear, Bowen, tontear».

—No vamos a estar a solas, pero podemos estarlo si tú quieres, Teri.

—*¿Mandarías a la mierda tu fiesta por estar a solas conmigo?*

No la veía, pero podía notar por su voz que estaba sonriendo.

—Eres Theresa Williams. Mandaría a la mierda muchas cosas por poder estar contigo.

—*¿A qué hora empieza la fiesta?*

Dios, sí.

Sí, sí, sí.

—A las nueve, pero tú puedes venir cuando quieras.

—*Estaré a las diez, ¿está bien?*

Joder, Teri sabía hacerse desear. Lamió sus labios de nuevo, algo nerviosa, antes de contestarle de la mejor forma que pudo.

—Te estaré esperando impaciente, Williams.

—*Espero que merezca la pena, Bowen.*

—Me apuesto lo que quieras a que va a ser una noche que recordaremos durante muchos años —exageró y le gustó escucharla reír.

—*Hasta las diez, Gina.*

Teri colgó y ella suspiró antes de arrodillarse en la cama e incorporarse: era hora de empezar a moverse y preparar la maldita fiesta. No iba a ser una gran reunión —tan solo acudiría su grupo de amigos—, pero esa mañana la retaron a que, si tenía tanta confianza en que Teri se dejaría querer un poco por ella, la invitara esa misma noche. Se iban a morir de envidia cuando la vieran comiéndole la boca a la animadora sexi.

Terminó de sacar la ropa sucia de la bolsa de deporte que había dejado sobre la silla del escritorio y la llevó a la cesta del baño. Debía preparar los aperitivos, comprobar que no hacía falta comprar ninguna bebida y arreglarse para estar lista cuando llegasen los invitados esa noche.

—¿Has conseguido esa cita al final? —escuchó a su espalda y tras girarse vio a su hermana sonriente bajo el marco de la puerta del baño.

Movió la lengua fuera de la boca de manera un tanto pervertida para indicarle que los planes habían salido muy bien y Patrice puso los ojos en blanco antes de negar con la cabeza.

—Por fin has vuelto. ¿Qué tal con Ricky? —Adoptó un tono burlón para hacerla rabiar—. ¿Habéis follado o no?

—Oh, Dios, Virginia... ¿Solo piensas en eso? —La acusó.

—Tengo veinte años, así que sí.

—Veintiuno —la corrigió con una sonrisa—. Feliz cumpleaños, Gina.

—Aún debo acostumbrarme al cambio de año. Por cierto, si desaparezco esta noche, no os asustéis, estaré en mi habitación haciendo gemir muy alto a una rubia con dos buenas peras.

Pellizcó el costado a su hermana, justo donde sabía que tenía cosquillas, mientras caminaban hacia la cocina, y son-

rió al escucharla reír.

—Dios... Tan sutil como siempre. No entiendo cómo has engatusado a las chicas con las que has estado.

—Puedes aprovechar y dejar que Ricky abra tu flor esta noche, así lo entenderás todo mejor. No le diré ni a papá ni a mamá que has dejado a tu chico pasar la noche en el piso, siempre y cuando tú no le digas que yo hago lo mismo con mis conquistas. Ya sabes: nuestro pacto de silencio.

—Creo que me gustas más cuando estás en serio con alguien.

Patrice abrió la nevera y sacó agua para servir en dos vasos.

—Creo que me gusta más cuando no mencionamos mi relación con Ronda. —Suspiró y decidió quitarse unos segundos esa máscara liberal que solía llevar puesta—. A mí también me gustaba cuando estaba en una relación estable. —Se encogió de hombros—. Pero ahora mismo voy a disfrutar de la vida.

—Follando —terminó la frase por ella, aunque ya le había dado el punto final.

Su hermana se lamió los labios tras decirlo, antes de beber agua. Ella respondió inicialmente abriendo la boca de forma exagerada.

«Diré la palabra con efe cuando ya lo haya hecho», recordó.

—Repítelo —pidió de forma verbal con semblante serio y apuntándola con el índice.

—Follando.

—Joder, ¿cuándo me lo ibas a decir? ¡¿Ha sido en el coche?! ¡¿Hoy?! ¡Cuéntamelo todo!

Patrice Bowen, su hermana tres años mayor, no había dicho una palabrota en su vida y su lema en el sexo era «Perderé la virginidad cuando conozca al chico perfecto». Dicho y hecho, porque parecía que Ricky lo era. Le pidió todos los detalles de su momento idílico, incluso se hizo unas palomitas para que la atención a las palabras de su hermana

fuese plena. La verdad era que Ricky era muy parecido a Patrice, y ella no podía estar más que contenta por la relación que ambos empezaron hacía casi cuatro años.

Casi cuatro años sin mojar y en la época de universidad, donde había hormonas revoloteando por todos lados. Eso era amor verdadero. Otro punto a favor de Ricky, que no pareció importarle para nada la decisión de su hermana y la respetó en todo momento hasta que estuvo preparada.

—Me alegro de que te haya gustado —confesó acariciando el brazo de su hermana—. Supongo que ahora que habéis probado el sexo, estaréis como conejos todo el día —insinuó y movió las caderas sobre el taburete.

—Le quitas el romanticismo a todo, Virginia. —Patrice suspiró antes de mirarla con ojos de tonta enamorada—. Ricky es mágico.

—Oh, joder. —Fingió tener una arcada para molestarla un rato, sujetándose el abdomen e inclinándose hacia delante para escenificarlo mejor—. Ñoñadas no, por favor.

Recibió un golpe del puño de su hermana en el muslo y se quejó mientras se acariciaba el lugar del impacto.

—Cuando te enamores de alguien, no esperes que yo escuche tus ñoñadas.

Patrice la señaló con el índice levantado y con el rostro muy serio, tajante, pero pudo ver un amago de sonrisa en sus labios.

—Tranquila, para eso faltan, mínimo, unos veinte años que me he dado de celibato romántico —bromeó.

—Quizás ocurra esta noche.

—¿Teri? —Alzó las cejas con sorpresa—. No, ni loca saldría con una chica que se define como heterosexual ante la sociedad. Si le apetece tener sexo esta noche, genial, pero más allá de eso... —Negó con la cabeza—. No me imagino a Teri con una chica.

—No hablo de tener novia, sino de que te enamores.

Se llevó la mano al pecho en un gesto dramático, incluso fingió perder la respiración momentáneamente, y su her-

mana soltó varias carcajadas ante su gran interpretación. Terminaron cambiando a otro tema al mismo tiempo que se introducían de lleno en los preparativos de la fiesta de cumpleaños.

* * *

Miró de nuevo su reloj de muñeca antes de suspirar y llevarse el vaso a los labios para dar un largo sorbo del estúpido ponche que habían hecho Patrice y ella para cuando llegasen los invitados. Teri le había dicho que acudiría una hora más tarde que sus amigos, pero en ese momento se le añadía media hora más.

¿Plantón? Más que posible.

¿Risas y burlas? Alguna que otra.

¿Descenso de autoestima? En picado y en el subsuelo.

Comprobó si tenía algún mensaje en el teléfono, pero no encontró nada.

—Gina —escuchó la voz de su hermana y giró la cabeza para mirarla.

Patrice estaba sentada junto Ricky en una de las sillas que rodeaban la mesa donde se encontraba el tablero del juego.

—Anímate, que estamos celebrando tu cumpleaños —le dijo—. Ya vendrá.

—No va a venir —dijo el estúpido novio de Patrice y ella lo miró con el ceño fruncido.

—Gina, asúmelo —participó Elliot, uno de sus mejores amigos—. Estamos hablando de Teri, la chica más popular de la universidad. Ni yo tengo posibilidades con ella.

—Ah, ahora eres el tío más guapo del campus, ¿no, Elliot? —ironizó ofendida.

—No, pero soy negro, tengo muchas cosas a mi favor.

Elliot alzó las cejas varias veces mientras sonreía de forma coqueta, y no quería reírle la gracia, pero lo hizo. Sobre todo cuando Liv le dio un golpe en el hombro, intentando

que no se notara que le molestaban sus insinuaciones. Si intentaban esconder lo que había entre ellos, lo estaban haciendo regular tirando a mal.

—No vas a liarte con ella, Gina. —Liv le sujetó el hombro y la miró con tristeza fingida—. Lo siento.

—Gracias por el apoyo. No necesito enemigos teniéndolos a vosotros.

Se cruzó de brazos y observó el tablero, centrándose de nuevo en el juego mientras se escuchaba una risita general. Aprovechó para mirar a Patrice, que justo en ese momento recibía un beso fugaz de Ricky tras sonreírse el uno al otro. Admitía que eran una parejita adorable, a pesar de que siempre pensó que su hermana podría aspirar a mucho más. Patrice era muy guapa, tuvo la suerte de heredar los ojos verdes de su padre. En cambio, los genes afroamericanos de su madre fueron los dominantes en ella, aunque su piel era algo más clara que la de su progenitora.

El timbre sonó y todos levantaron la cabeza al mismo tiempo, mirándola a ella fijamente.

—¡No me lo creo! —exclamó Tom.

—Mierda, ¿habéis pedido comida a domicilio o algo para hacer la gracia? —pidió explicaciones, pero todos negaron a la vez—. Como sea una puta broma, os corto a todos en pedazos y os doy de comer a los cerdos —amenazó antes de ir hacia la entrada.

Cogió aire y se sacudió ligeramente el pelo antes de abrir. Nada más lo hizo se encontró con Teri frente a ella, llevaba el pelo rubio planchado a la perfección y un vestido corto de color azul, a juego con sus ojos. Se relamió sin querer y sonrió ampliamente cuando vio que traía varias cajas de *pizza* en una mano.

—Feliz cumpleaños —dijo Teri con una sonrisa—. No sé cuántos sois, así que he decidido usar eso de «más vale que sobre que no que falte».

—Muchas gracias, no tenías por qué. No se lo merecen.

—Todas para ti, entonces. Es tu cumpleaños, tú decides qué hacer con ellas —contestó divertida.

Se acercó a la rubia y la ayudó cogiendo varias cajas: eran exactamente cinco y de tamaño familiar. Miró los ojos de Teri directamente, aprovechando la corta distancia que las separaba al alcanzar las pizzas, y pensó por unos segundos que podría darles por culo a todos y escaparse con la rubia para estar a solas esa noche. Se lo planteó seriamente, pero estaba ganando la puta partida del Catán. Así que no. Darles a sus amigos una paliza jugando casi era más placentero que un orgasmo.

De momento.

—No sé si conoces a Patrice —dijo una vez entraron al salón, señalando a la susodicha—. Es mi hermana y segunda anfitriona de la noche. Vivimos juntas aquí.

No estaba muy segura de que se conocieran, debido a que su hermana estaba en otra carrera muy distinta y además era tres años mayor, aunque todo el mundo sabía que su futuro estaba encarrilado como jugadora baloncesto. Era la mejor del equipo y ya había varios ojeadores pendientes de ella en cada partido universitario que disputaba. No tenía ni que decir que era la fan número uno de su hermana mayor.

Patrice saludó a la recién llegada con un movimiento de la mano y una sonrisa que fueron correspondidos por la invitada.

—Los demás no se merecen ni que te los presente ni comerse las pizzas que has traído.

—Espero que sean de vuestro gusto —dijo Teri educada—. A Jerry lo conozco desde primero, estudiamos juntos —explicó.

—Qué casualidad —insinuó con media sonrisa.

Los ojos azules de Teri estaban fijos en los suyos marrones y ella se mordió el labio sin poder evitarlo y observó la boca de la rubia unos segundos antes de conectar de nuevo sus miradas.

—Vamos, Romeo, que te estamos esperando —escuchó la voz de Liv y se giró con cara de mala leche por entrome-

terse en su cortejo antes de dejar caer las cajas de *pizza* frente a ella en la mesa—. ¡Mis cartas!

—¿Has jugado alguna vez al Catán? —preguntó a la invitada, que negó mientras observaba el tablero—. ¿Te apetece jugar o prefieres ver cómo terminamos la partida? Después cambiaremos de actividad si no te gusta.

—Estoy interesada por el juego —admitió y parecía sincera—. Puedo mirar y luego si me animo, juego. Así me explicáis un poco qué hay que hacer.

Teri, la chica popular de la universidad y animadora de los equipos femeninos de baloncesto, en su puto piso el día de su cumpleaños y jugando al Catán. Mínimo tres orgasmos mentales había tenido ya desde que había llegado.

—Vale. Ven conmigo, te sirvo algo de beber y te explicamos cómo se juega.

Escuchó murmullos generales mientras se dirigían hacia la cocina. Teri solía sentarse cerca en clase... Bueno, no iba a mentir, era ella la que se acomodaba detrás de la rubia, pero porque le encantaba el olor que desprendía cuando se sacudía el pelo.

—¿Cuántos años tienes, Teri?

—¿Es para ofrecerme alcohol o no? —se burló.

—No se lo voy a decir a tus padres —dijo con complicidad a pesar de que sabía que tenía mínimo su edad si estaba en el mismo curso que Jerry—. ¿Qué te apetece beber? Hemos preparado ponche, no ha quedado tan mal. —Se encogió de hombros antes de abrir la nevera para comprobar las bebidas que quedaban—. También tenemos cerveza y... lo demás es todo sin alcohol.

Puso una mueca al girarse para mirarla.

—Probaré el ponche.

Asintió antes de coger un vaso rojo de plástico y sirvió la bebida bajo la atenta mirada de Teri. Cuando se la entregó, no pudo evitar contemplarle los ojos de cerca, quizás más de cerca que nunca. La rubia fue la primera en enfocarle los labios, así que ella la imitó, sonriendo sin querer. No podía creerse que la animadora por la que llevaba tantos

meses suspirando estuviese en su piso el día de su cumpleaños.

—Te daré el regalo más tarde, ¿vale? Primero quiero aprender a jugar al... ¿«Patán»? —Probó suerte y tuvo que reír suavemente al escucharla.

—Catán —la corrigió y la chica se mordió el labio antes de decirlo bien esa vez.

Todo un descubrimiento, eso estaba siendo Theresa Williams.

* * *

—Gina —Teri la llamó y ella se giró dispuesta a servirle cualquier cosa que le pidiera—. Necesito ir al baño, ¿me acompañas? No sé dónde está.

Casi no terminó de formular la pregunta y ella ya estaba de pie, más que dispuesta a ejercer de perfecta anfitriona. Habían echado un par de partidas y Teri aún no terminaba de entender las normas básicas del Catán, así que ella tenía que estar pendiente de dos juegos en paralelo, el suyo propio y el de la rubia de sus sueños.

—Conocía a tu hermana de vista —comentó la animadora mientras caminaban por el pasillo. Era demasiado largo y a Patrice y a ella les daba un miedo de muerte recorrerlo de noche. El lugar perfecto para sus juegos, o putadas, entre hermanas: a veces apagaban la luz cuando la otra iba por la mitad y, joder, gritaban muy alto antes de correr hacia las habitaciones como si la vida les fuera en ello—. Es difícil no fijarse en esos ojazos.

Observó a la chica con curiosidad y un amago de sonrisa.

—Sí, no voy a negar que fue una putada quedarme sin boletos para «ojos verdes» cuando tuve que elegir mis características físicas antes de nacer. Tan solo quedaban para «marrón» y para «marrón».

—Supongo que no fue fácil elegir.